

MADAMA DE LA FAYETTE

En el tiempo de Madama de Sévigné, á su lado, y en su intimidad más estrecha, vivió una mujer cuya historia está casi fundida con la de su grande amiga. Esta es la que Boileau designaba como *la mujer de Francia que tenía más talento y la que escribía mejor*. Sin embargo, esta mujer escribía poco, sólo en los momentos de ocio, casi por diversión y con una negligencia demostrativa de que el escribir no era para ella un oficio. Le gustaba muy poco escribir cartas, de suerte que se conservan de ella muy pocas y muy cortas. En las de Madama de Sévigné la reconocemos mejor que en las suyas propias. Pero en su tiempo, desempeñó un papel serio y delicado, sólido y encantador, un papel muy importante, y en su categoría, al nivel de los primeros. A su gran ternura de alma y á su imaginación novelesca, unió una gran clarividencia, y como decía su admirable amiga, una *divina razón* que nunca la abandonaba. La mantuvo tanto en sus escritos como en su vida, y es uno de los modelos dignos de estudio de su siglo. Últimamente, al rehabilitar el Hotel de Rambouillet, se ha intentado presentar como su heredera perfecta y triunfante á Madama de Maintenón; pero Segrais se decide en favor de Madama de La Fayette como poseedora de aquel tesoro desaparecido, y después de un retrato de Madama de Rambouillet, añade : « Madama de La Fayette tenía mucho de ella, pero Madama de La Fayette tenía un talento más sólido, etc. » Esta perfecta heredera de Madama de Rambouillet, esta amiga de siempre de Madama de Sévigné y de mucho tiempo de Madama de Maintenón, tienen su lugar en

nuestra literatura, por la reforma que hizo de la novela, y porque una parte de su *divina razón* la aplicó á poner un límite á los sentimentalismos que hasta entonces eran grandes con exceso, formando un género que encontró buena acogida entre los que parecían dispuestos á combatirle.

Este género secundario, en el que cierta delicadeza y un cierto interés bastan, sin que esté demás el genio, si existe en él; que *La Arte Poética* no menciona; que Le Sage y Juan Jacobo consagrarían; y que en el tiempo de Madama de La Fayette llegaba á los límites conmovedores de *Berenice* y casi de *Iphigenie*. Madama de La Fayette hizo lo que muchos de sus contemporáneos ilustres se habían propuesto. L'*Astrée*, implantando la novela en Francia había sido la savia de interminables retoños, *Cyrus*, *Cleopatra*, *Polexandre* y *Clélie*. Boileau asestó un golpe con sus burlas lo mismo que á los poemas épicos, á *Moise sauvé á Saint-Louis* y á *La Pucelle*; pero Madama La Fayette sin burlas, y bajo la protección de sus antecesores que Segrais y Huet envolvían en las mismas alabanzas, les asestó el golpe más certero con su *Princesa de Cleves*. Y lo que hizo no fué inconscientemente, sino con propósito firme. Acostumbraba á decir que un periodo suprimido en una obra valía un luis de oro y una palabra una peseta, y esta frase tiene un gran valor cuando se piensa en las novelas de diez volúmenes que era preciso suprimir. Proporción, sobriedad, honestidad medios sencillos é inspirados que sustituyeron á las grandes catástrofes y á las frases altisonantes, tales son los caracteres de la reforma, ó para hablar menos ambiciosamente, del retoque que hizo de la novela, en lo que se mostró pura adepta al siglo de Luis XVI.

La unión tan larga y tan inviolable que mantuvo Madama de La Fayette con La Rochefoucauld parece reunir su vida en una novela discreta pero novela al fin, mas fuera de la regla, que la vida de Madama de Sévigné que ama más que á su hija, y menos calculada y concentrada que la de Madama de Mainte-

nón, que no aspira sino al Sacramento con el rey. Es hermoso el espectáculo que ofrece un corazón tierno y delicado uniéndose á una razón triste y desengañada, para proporcionarle calma; una pasión tardía, pero fiel, entre dos almas maduras, en la que la más sensible corrige la misantropía de la otra, en la que la llama tiene más de delicadeza, de sentimiento y de consuelo recíproco, que de ilusión. En una palabra: la vida de Madama de La Fayette es la de Madama de Cleves enferma y entristecida al lado de M. de Nemours, viejo y autor de Máximas. Esa poca ilusión que observamos en ella, esa melancolía que existe en el fondo de su vida, existen un poco en lo ideal de su novela, y creo que también en todas las otras novelas que en cierto modo emanaron de ella y son su posteridad, como Eugenio de Rothelin, la señorita de Clermont y Eduardo. Por mucha que sea la ternura en estas afortunadas creaciones, la experiencia humana alienta y entibia la pasión. Al lado del alma enamorada que se abandona, hay algo que advierte y que pone freno; M. de la Rochefoucauld está presente.

Si Madama de La Fayette reformó la novela en Francia, la novela caballescica y sentimental, si le imprimió ese carácter particular que concilia el ideal con la observación, se puede decir también que fué la primera en dar un ilustre ejemplo de esas emociones duraderas, honestas, legítimas, y consagradas por la constancia (1) en todo momento hasta la muerte que casi han desaparecido con ella. La *Princesa de Cleves* y su unión con M. de La Rochefoucauld, son dos títulos casi iguales de Madama de La Fayette, delatores de la literatura y de la sociedad de Luis XVI.

Yo habría dejado el placer de recomponer esta existencia bien sencilla en acaecimientos á los lectores de Madama de Sévigné, si un pequeño documento

(1) *Exemplum cana simus uterque coma*, había dicho el antiguo elegíaco.

inédito, pero muy íntimo, no me hubiese animado á hacer la orla que le sirviese de marco. El padre de Madama de La Fayette, mariscal de campo y gobernador del Havre, era, según dicen, hombre de gran mérito, y había cuidado mucho de la educación de su hija. Su madre (nacida en Pena) era de la Provenza, y contaba algún trovador entre sus abuelos. La señorita María Magdalena Pioche de la Vergne, se dió á las lecturas mucho más temprano que varias personas, aun de talento, de la generación precedente. Madama de Choisy, por ejemplo, tenía un prodigioso talento natural en sus cartas y en su conversación, pero no tenía ni siquiera ortografía. Madama de La Fayette y Madama de Sévigné añadieron á sus excelentes dotes una perfecta cultura. Se tienen como testimonios irrefutables de esta educación, los arrobamientos de Ménage, quien, como sabemos, se enamoró de sus bellas discípulas. Celebró en todos los metros del verso latino, la belleza, la gracia, la elegancia en el bien hablar y en el bien escribir de Madama de La Fayette ó de la señorita de la Vergne, *La Verna*, como él decía (1). Más tarde le presentó á su amigo el doctor

(1) *Laverna* en latín significa diosa de los ladrones y esto le proporcionó el poder escribir muchas bromas galantes, y gritar ¡Ladrones, ladrones! como Mascarille:

Omne felici nomen præsaga dedere
Fata tibi, Furtis pulcra Laverna præest.
Tu veneres omnes cunctis formosa puellis,
Tu cunctis sensus surripis una viris.

También escribe versos á Madame de Sévigné, á la señorita de Scudery, á la Señorita Scarron; pero Madama de La Fayette es para él la belleza perfecta. La bonita edición elzeviriana de sus poesías (1663) contiene su nombre en cada página, y á ella están ofrecidas décimas, baladas, églogas y elegías. Buscando algo que tenga algún sabor, encuentro este madrigal que acaso me parezca más sentido porque está escrito en italiano.

In van, Filli, tu chiedi
Se lungamente durerá l'ardore
Che'l tuo bel guardo mi destó nel core.
Chi lo potrebbe dire?
Incerta, o Filli, é l'ora del morire.

Huet, que fué también para ella un consejero literario. Ségrais, que con Madama de Sévigné basta para dar á conocer á Madama de La Fayette, nos dice: « Cuando hacia tres meses que Madama de La Fayette aprendía latín, sabía más que M. Ménage y que el Padre Rapin, sus maestros. Un día en que juntos explicaban á su discípula, discutieron sobre una frase sin que ninguno quisiese darse por convencido. Madama de La Fayette les dijo: « Ni el uno ni el otro saben nada. » Y en efecto los dos estuvieron de acuerdo en la explicación que ella dió: Y lo que ella explicó fué un poeta, pues no le gustaba la prosa y no había leído á Cicerón; pero como se complacía con la poesía y leía con predilección á Virgilio y á Horacio, y como ella tenía inspiración poética, sabía todo lo que concernía á este arte, y penetraba sin gran esfuerzo en la médula de los autores. « Luego insiste sobre los méritos de M. Ménage, y dice: ¿ En dónde se encontrarán poetas como M. Ménage que hagan buenos versos latinos, buenos versos griegos y buenos versos italianos? Era un ilustre personaje aunque sus envidiosos hayan dicho: No sabía, sin embargo, todas las delicadezas de la poesía, pero Madama de La Fayette las entendía bien. » La persona que sentía así, y que prefería los poetas á todo, es la misma que se mostraba verdadera por excelencia, como M. de La Rochefoucauld dijo empleando una expresión que quedó imperecedera; « talento poético y talento real, su mayor mérito y su mayor encanto estaba en la alianza de ambos. » Además Madama de La Fayette tenía un gran cuidado (como Ségrais nos dice), en no hacer ostentación de su ciencia ni de su latín para no ofender á las otras mujeres. Ménage nos cuenta, que un día contestó á M. Huyghens que le preguntaba lo que era un yambo, que era lo contrario de un troqueo, pero, creedlo bien, era preciso M. Huyghens y su pregunta, para que ella hablase de yambo y de troqueo.

Perdió á su padre á los quince años. Su madre, buena persona, nos dice Retz, pero bastante vanidosa.

se volvió á casar poco después, con el caballero Renaud de Sévigné tan mezclado á las intrigas de la Fronda, y que fué de los más solícitos en salvar al cardenal del castillo de Nantes. Leemos en las Memorias del cardenal á propósito de esta prisión de Nantes (1653) y de las visitas que recibía: « Madama de La Vergne, que se había casado en segundas nupcias con el caballero de Sévigné y que vivía en Anjou con su marido, vino á verme y trajo consigo á la señorita de La Vergne que ahora es Madama de La Fayette. Esta era muy bonita y muy amable, y tenía mucho del aspecto de Madama de Lesdiguières. Me gustó mucho, y la verdad es que yo no le gusté apenas, sea porque no sintiese inclinación hacia mí, ó sea por la desconfianza que su madre y su padrastro le habían inspirado desde París respecto de mis inconstancias y mis diferentes amores, y que la había puesto en guardia contra mí. Yo me consolé de sus crueldades con la facilidad que me es tan peculiar. » La señorita de La Vergne, que tenía veinte años, no tuvo necesidad más que de su razón, para hacer poco caso al prisionero y á su capricho banal y tan fácilmente consolado.

Casada en 1655 con el conde de La Fayette, lo que hubo probablemente más de acuerdo con su imaginación en este matrimonio, fué el ser cuñada de la Madre Angélica de La Fayette, superiora del convento de Chaillot, antes dama de honor de Ana de Austria y cuyos perfectos amores con Luis XIII forman una novela casta y sencilla muy semejante á la de Madama de Cleves. Su marido, después de haberle dado el nombre que ella debía ilustrar, se borra y desaparece por decirlo así, y no sabemos de él nada que le distinga (1). Tuvo dos hijos á quienes quiso mucho, el uno militar, y que murió poco después que ella, y el otro, el abate de La Fayette, de quien se sabe que prestaba los manuscritos de su madre y los perdía.

(1) ¿ Hay una mujer que obscurezca á su marido hasta el punto de que no se haga de él en el mundo ninguna mención? ¿ Vive todavía? ¿ No vive ya?... (La Bruyère, *Las Mujeres*).

Madama de La Fayette fué introducida joven en el hotel de Rambouillet y aprendió mucho de la marquesa. M. Roederer, que tenía interés que ninguna de las burlas de Molière tocasen á Rambouillet, hizo que este se despoblase y que acabase antes de lo que convenia. Madama de La Fayette pudo ir antes de su matrimonio y aprovechar tanto como Madama de Sévigné. M. Auger en los detalles exactos é interesantes, pero en tono seco, que da acerca de Madama de La Fayette dice : « Introducida desde muy temprano en la sociedad del hotel de Rambouillet, la finura y la solidez naturales de su talento no habrían podido acaso resistir al contagio del mal gusto del que era centro este palacio, si las lecturas de los poetas latinos no le hubiesen servido de preservativo. » El preservativo debió obrar antes sobre Ménage. Esto es algo injusto para el hotel de Rambouillet, y M. Roederer tenía completamente razón contra aquellas maneras de decir; pero se contradice cuando nos presenta este hotel como la cuna del buen gusto, y cuando nos muestra á la señorita de Scudery como más tolerada que exaltada y admirada. Olvida que Voiture, mientras vivió, fué el que predominaba, y ya sabemos quién fué Voiture en cuanto á talento y buen gusto. En cuanto á la señorita de Scudery, basta leer á Segrais, á Huet y otros, para ver el caso que hacían á esta ilustre muchacha, al *ilustre Bassa*, al *gran Cyrus*, á sus versos tan sencillos y tan tiernos que despreciaba Despreaux, pero que no sabía criticar; y lo que Segrais y Huet admiraban no debió ser juzgado más severamente por una sociedad en la que ellos fueron los últimos oráculos. Madama de La Fayette que tenía un talento sutil y firme, como Madama de Sévigné, no conservó del palacio sino lo mejor. Por su edad pertenecía á la corte joven, y casi con menos solidez de talento no le habrían faltado las más justas elegancias. En los primeros tiempos de su matrimonio había tenido frecuentes ocasiones de ver en el convento de Chaillot á la joven princesa de Inglaterra al lado de la reina

Enriqueta entonces desterrada. Cuando la joven princesa llegó á ser *Madame* y la gala más preciada de la corte, Madama de La Fayette, aun siendo de diez años mayor que ella, mantuvo su antigua é íntima amistad, tuvo siempre sus entradas particulares, y pudo pasar por ser su favorita. En la historia encantadora que ha trazado de los años más brillantes de esta princesa, hablando de ella misma en tercera persona, se juzga así : « La señorita de La Trimouille y Madama de La Fayette formaban parte (*parte del grupo de personas que veían con frecuencia á Madame.*) La primera le agradaba por su bondad y por la ingenuidad con que contaba lo que su corazón sentía, parecida á la sencillez primitiva de los primeros siglos; la otra le era agradable, por fortuna para ella, pues aunque le encontraban ciertos méritos, eran unos méritos tan serios en apariencia que no parecían debían agradar á una persona tan joven como *Madame*. » A los treinta años, Madama de La Fayette se encontraba en su centro de esta cortesanía y de esta galantería de los más florecientes años de Luis XIV; formaban parte de las excursiones de *Madame* á Fontainebleau ó á Saint-Cloud, más como espectadora que actora, no interviniendo, como nos dice confidencialmente, en ningún asunto ruidoso, sino oyéndolos en la propia boca de la princesa, y escribiéndolos para complacerla. « Vos escribis bien — le decía *Madame*, — escribid y yo os diré cosas interesantes. » « Era una labor bastante difícil — declara Madama de La Fayette, — describir la verdad de manera que se la reconociese y que, sin embargo, no fuese ofensiva ni desagradable para la princesa. » Uno de los pasajes que pusieron á prueba toda la sutileza de Madama de La Fayette, y que causaron las burlas de *Madame*, por el trabajo de la amable escritora, me imagino que debió ser este : « Ella (*Madame*) se unió con la condesa de Soissons... y no pensó sino en agradar al rey como cuñada; yo creo que ella le gustó á él de otra manera, y creo también que ella pensó que él no le gustaba

sino como cuñado aunque pudo gustarle mucho más, pero en fin como los dos eran infinitamente adorables, y los dos nacidos con disposiciones de galantería, y como ambos no se veían más que en sus momentos de placeres y diversiones, pareció á los ojos de todo el mundo, que el uno sentía por el otro el sentimiento que precede casi siempre á las grandes pasiones. » *Madame* murió en los brazos de *Madama de La Fayette*, que no la abandonó en sus últimos momentos. El relato que hace de su muerte se iguala á los más conmovedores de circunstancias análogas : Yo subía á sus habitaciones. Me dijo que tenía pena, y el mal humor que demostraba, habría hecho las horas más afortunadas de las demás mujeres, pues tanta era su dulzura que no era capaz de sentir cólera. Después de comer se acostó sobre unos almohadones y me hizo sentar á su lado para apoyar su cabeza en mí. Durante su sueño cambió tan considerablemente, que tras de haberla mirado mucho quedé sorprendida y pensé que acaso el estado del espíritu contribuyera á desfigurar su cara : sin embargo estaba en error haciéndome esta reflexión, pues la había visto dormir varias veces y nunca había observado este cambio. » Y luego : *Monsieur* estaba ante su cama, le besó y le dijo con una dulzura que conmoviera los corazones más bárbaros : ¡ Ay, *Monsieur*, hace mucho tiempo que no me amáis, y eso es injusticia, pues yo no he dejado de amaros nunca. *Monsieur* pareció muy conmovido y todos los que se encontraban en la habitación también, hasta el punto de que no se oía otro ruido que el que hacen las personas al llorar. Cuando el rey salió de la cámara, yo me quedé al lado de su lecho y me dijo : *Madama de La Fayette*, tengo ganas de llorar... Yo no le contesté sino con lágrimas... Continuaba apagándose... » El 30 de Junio de 1673 escribía *Madama de La Fayette* á *Madama de Sévigné*. » Hoy hace tres años que vi morir á *Madame*; he leído varias cartas suyas y me he saturado de su espíritu. »

En medio de esta sociedad de galantería y brillante,

durante diez años, *Madama de La Fayette* joven todavía, con nobleza y agrado en el rostro, sino bella, ¿ no era más que una observadora perspicaz, sin otro interés en el corazón que su apego á *Madame*, y sin otra selección secreta? Hacia el año 1665, como yo conjeturo y explicaré después, había escogido en este torbellino y como amigo del alma, á M. de La Rochefoucauld, que ya frisaba en los cincuenta y dos años (1).

Comenzó á escribir muy pronto por gusto, pero con sobriedad siempre. Era aquel el tiempo de los retratos. *Madama de La Fayette* en 1659 hizo uno de *Madama de Sévigné* que reputan escrito por un desconocido : « Vale más que yo — decía al encontrarla entre los viejos papeles de *Madama de La Tremouille*, en 1675 — pero quienes me hubiesen amado hace diez y seis años, me habrían encontrado cierta semejanza con ella. » Bajo estos trazos imperecederos de su amiga *Madama de Sévigné* se nos aparece inmortal. Cuando *Madame*, animando á *Madama de La Fayette* á poner manos á la obra le decía : *Vos escribís bien*, había leído sin duda *La Princesa de Montpensier*, primera novelita de esta escritora impresa en 1600 ó 1602. Como elegancia y vivacidad se destacaba de las novelas é historietas de aquel tiempo, y denunciaba un talento equilibrado y apto para la reforma. La imaginación de *Madama de La Fayette* al componer encontraba mayor acomodo en la época brillante y de cortesanía de los Valois, en los reinados de Carlos IX ó de Enrique II, que ella idealizaba un poco, y los embellecía como los lindos relatos de la reina Margarita nos lo hacen entrever. *La Princesa de Montpensier*. *La Princesa de Cleves* y *La Condesa de Tende*, no salen de estos reinados, cuyos vicios y crímenes han eclipsado en demasía su espiritual cultura. La corte de *Madame*, por sus intrigas y sus vicios también, no carecía de semejanza con la de los Valois, y la historia que intentó *Madama de*

(1) Petitot, en su *Colección de Memorias relativas á la Historia de Francia*, hace comenzar esta estrecha unión diez años antes.

La Fayette se parece en más de una ocasión á las Memorias de esa reina tan amada en su tiempo; y en quien es preciso no creer siempre. El pérfido Vardes y el orgulloso M. de Guiche son figuras que no desentonarían en la corte de Enrique II, y á esta corte de *Madame* no le faltaba ni siquiera el caballero de Lorraine. Madama de La Fayette representaba en esta sociedad el papel de la autoridad, y ejercía el oficio de crítico circunspecto. Dos meses antes de la muerte desgraciada de *Madame*, Madama de Montmorency escribía á M. de Bussy en forma de burla (1º de Mayo 1670) : « Madama de La Fayette, favorita de *Madame*, se ha roto la cabeza contra la cornisa de una chimenea que no ha respetado una cabeza tan ilustre y tan gloriosa, merecedora de los favores de tan alta princesa. Antes de esta desgracia, se ha hecho pública una carta suya en la que se burla de lo que llaman palabras en moda y cuyo empleo es inútil; os la envío. » Sigue esta carta que está toda ella escrita en esa jerga ininteligible de la que Madama de La Fayette querría corregir á sus contemporáneos. Es un amante celoso que escribe á su querida. Boileau no lo habría hecho mejor. Madama de La Fayette en un grado más fuerte era un poco el Despreaux de la educación de la corte. Al final de este mismo año de 1670, apareció *Zaida* la primera verdadera obra de Madama de La Fayette, pues *La Princesa de Monpensier* no era realmente una novela, y apenas fijaron la atención en ella en aquel tiempo, unas cuantas personas. *Zaida* llevaba el nombre de Segrais y el público creyó fácilmente que Segrais era el autor. Bussy recibió el libro como estando escrito por Segrais y se dispuso á leerlo con placer « pues Segrais — decía — no puede escribir nada que no sea bonito », y después de haberlo leído lo criticó y lo alabó con la misma persuasión. Desde entonces no han faltado personas que han querido mantener sobre Segrais el honor de la paternidad de todo ó por lo menos de una gran parte del libro. Adry que ha dado una edición de *La Princesa de Cleves*, dejando la

cuestión como dudosa, parece inclinarse en favor del poeta.

Pero el digno Adry, que es una autoridad como biógrafo, tiene el talento un poco esclavo de la letra. Segrais, sin embargo, lo ha dicho bien claramente : « *La Princesa de Cleves* es de Madama de La Fayette... *Zaida*, que apareció con mi nombre, es también de ella. Es cierto que yo he tenido alguna participación, pero, solamente en la disposición de la novela en la que las reglas del arte están observadas con exactitud. » Es verdad que en otro momento dice Segrais : « Cuando mi *Zeida* fué impresa, Madama La Fayette hizo encuadernar un ejemplar con una hoja de papel en blanco entre cada página, con el fin de repararla de nuevo, y hacer correcciones sobre todo en el estilo, pero no encontró nada corregible, y creo que en muchos años ocurrirá lo mismo que hoy. » Es evidente que Segrais, como tantos editores de buena fe, enrojecía un poco cuando se le hablaba de su *Zaida*. La confusión del autor al editor es cosa bien fácil y patente. Si se trata de una novela ó de un poeta que han sido puestos en circulación, sus padrinos no aborrecen la sospecha maliciosa, y no la desmienten más que á medias. Y á fuerza de oír su nombre unido á la alabanza ó á la crítica, la aceptan más gustosamente. Tantas veces me hablan de Ronsard que me cuesta trabajo no decir *mi Ronsard*. Además nos sentimos adulados de haber sido portadores de una buena noticia y casi también de una mala. El bueno de Adry, á falta de malicia, se encuentra perplejo ante la frase de Segrais, *mi Zaida*. Huet es bastante categórico en sus *Origenes de Caen*, y mucho más en su *Comentario* cuando dice : Gentes mal informadas, han creído que yo he querido injuriar en los *Origenes de Caen* á la nombradía de Segrais; pero yo puedo atestiguar con la fe que me da mi propia experiencia, y con numerosas cartas de la propia Madama de La Fayette, que me enviaba cada parte de su obra sucesivamente á medida que las iba escribiendo para que las leyese y las corrigiese. Por último, Madama de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"MANSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

La Fayette decía con frecuencia á Huet por haber insertado su tratado *Origen de los romanos* á la cabeza de *Zaida* : « ¿ Sabéis que hemos casado á nuestros hijos ? »

Es cierto que el género de *Zaida* no difiere notablemente del de las novelas de Segrais. *Zaida* es del antiguo y puro género novelesco, del que es la más fina joya, y la reforma se observa en los detalles y en la continuidad del relato más que en la concepción. *Zaida* es una especie de término medio entre *Astrea* y la novela del abate Prevost, siendo al mismo tiempo la cadena de unión entre los unos y el otro. Hay en él pasiones extraordinarias y súbitas, semejanzas asombrosas de rostros, sorpresas prolongadas y llenas de aventuras, resoluciones adoptadas por un retrato ó una pulsera. Estos amantes desgraciados abandonan la corte para ir á horribles desiertos en donde nada les falta, pasan las tardes en el bosque, contando á las rocas sus martirios, y entran en las galerías de sus casas en las que se veían toda clase de pinturas. Encuentran de improviso al borde del mar, princesas infortunadas, en el suelo y como sin vida, que salen del naufragio con vestidos magníficos y que no abren de nuevo los ojos sino para entregarles su amor. Naufragios, desiertos, orillas del mar y arrobamientos, existen más ó menos en la antigua novela de Heliodoro, en la de Hurfé, en el género novelesco español, en las pequeñas novelas de Cervantes. La particular novedad de Madama de La Fayette, consiste en la extremada delicadeza del análisis, y los tiernos sentimientos se desgloban con sutileza de la confusión. Estos celos de Alfonso que parecen tan inverosímiles á los contemporáneos, y que según dice Segrais estuvieron copiados de la realidad, más bien disminuyéndola que aumentándola, están definidos con destreza y claridad en todas sus transiciones y en su descompostura. Entonces notamos el mérito y la presencia de la observación. Un bello pasaje, y que ha sido calificado de *admirable* por d'Alembert, es aquel en que los dos enamorados que se habían separado pocos meses, antes sin saber el uno el idioma del

otro, se encuentran inopinadamente y comienzan á hablarse cada cual en la lengua que no es la suya propia, que han aprendido en el intervalo, y luego se detienen enrojeciendo por aquella mutua confesión. Yo soy ferviente admirador de estas observaciones sentimentales como las hace Madama de La Fayette no sin una secreta mirada hacia ella misma : « ¡ Ay, don García ! Teníais razón; pasiones que nos sorprenden y se apoderan de nosotros, en tanto que los otros, son uniones á las que prestamos voluntariamente nuestro corazón. Las verdaderas nos las arrancan á pesar nuestro. »

Madama La Fayette no conoció, creo yo, esas pasiones que nos arrancan el corazón, sino prestó el suyo voluntariamente. Cuando escogió á M. de La Rochefoucauld para unirse él, yo he dicho que ella debía tener treinta y dos ó treinta y tres años y él cincuenta y dos. Sin duda se veían desde mucho antes, pero yo me refiero á la unión definitiva. Veremos por la siguiente carta inédita hasta ahora, y que es de las más confidenciales que podemos desear, que por el tiempo de la publicación de *Las Máximas*, y cuando la entrada del conde de Saint-Paul en la sociedad, corrían rumores acerca de la unión de Madama de La Fayette y M. de La Rochefoucauld, como de un asunto reciente. Luego, la publicación de las *Máximas* y la entrada del conde de Saint-Paul en la sociedad concuerdan en el año 1665 ó 1666. Madama de La Fayette escribió esta carta á Madama de Sablé, antigua amiga de M. de La Rochefoucauld, la misma que tanta parte tomó en la confección de las *Máximas*, y que desde hacía algún tiempo se había unido á Port Royal más por deseo de reforma y por miedo á la muerte, según parece, que por sincera conversión : « Lunes por la noche. — No he podido contestar ayer vuestra carta porque tuve gente de visita, y creo que no contestaré hoy, porque la encuentro demasiado obsequiosa. Estoy avergonzado por las alabanzas que me otorgáis y, por otra parte, me agrada que tengáis tan buena opinión de mí no queriendo deciros nada contrario á lo que pensáis. Así, pues, os

responderé diciéndoos, que el señor conde de Saint-Paul sale de casa en este instante, y que hemos hablado de vos, como sabéis que yo sé hablar. También hemos hablado de un hombre que siempre me tomo la libertad de compararlo con vos por sus condiciones tan agradables. Yo no sé si la comparación os ofende, pero aun siendo una ofensa en la boca de los demás, en la mía es una gran alabanza, si hemos de creer todo lo que dicen. Bien he visto que el conde de Saint-Paul había oído estos rumores y hemos hablado de ellos. Pero temo que no haya creído seriamente cuanto le he dicho. Yo os ruego que la primera vez que le veáis le habléis, como por propia inspiración, de estos rumores. Para esto tendréis ocasión propicia, pues le he dado *Las Máximas* y seguramente os lo dirá. Mas yo os ruego que le habléis como es preciso para meterle bien en la cabeza que todo eso no es sino una broma... Pero pienso ahora, que acaso vos misma no estéis muy segura, y en ese caso, habrá que comenzar por persuadir al embajador. Sin embargo, podemos fiarnos á vuestra habilidad que está por encima de toda alabanza. Temo más que á la muerte el que las gentes de su edad puedan creer que yo tengo secretos galantes. Parece que nos creen de cien años más en cuanto somos más viejos que ellos, y además, creerian todo más fácilmente tratándose de M. de La Rochefoucauld que de otro cualquiera. En fin, yo no quiero que el conde piense nada, sino que sea uno de mis amigos, y os ruego que no olvidéis quitarle esto de la cabeza que tan dentro lo tiene que me ha hecho olvidar vuestra carta. No es generoso el recordaros un servicio pidiéndoos otro. »

« (Al margen). — No quiero olvidar deciros que he encontrado al conde de Saint-Paul en un estado terrible de espíritu. »

Para añadir interés á esta carta recordemos que M. de Saint-Paul, hijo de Madama de Longueville, es probablemente M. de La Rochefoucauld visitando á Madama de La Fayette que pasa por ser el objeto de

una última y tierna pasión, y á quien quería ser desengañado... ó engañado en esto. El *estado terrible de espíritu* del joven principe iba derecho, según me figuro, al corazón de Madama de Longueville, á quien la postdata, y acaso también el resto, fué enseñado en seguida. Esta frase encantadora de la carta y que debía meditar todos los amores tardíos : « Temo como á la muerte el que la gente de su edad crea que tengo secretos galantes, » responde exactamente á este pensamiento de *La Princesa de Cleves* : « Madama de Cleves, que había llegado á esa edad en la que se cree que una mujer no puede ser amada en cuanto pasa los veinticinco años, miraba con asombro infinito el apego que sentía el rey por la duquesa (de Valentinois). » Esta idea, como se ve, era familiar á Madama de La Fayette. Temía sobre todo inspirar ó sentir una pasión en esta edad en que otras las fingen. Su delicadeza era un último pudor.

Yo creo tanto más en que su unión con La Rochefoucauld no comienza sino en esta época cuanto que me parece que la influencia que ejerció sobre él fué contraria á las *Máximas*, las que le hubiese hecho corregir y podar, si le hubiese conocido antes, y que La Rochefoucauld misántropo, que decía que no había encontrado el amor más que en las novelas, puesto que nunca le había experimentado, no es el mismo de quien ella decía : M. de La Rochefoucauld me ha dado talento, pero yo he reformado su corazón.

En una carta de su propia mano (inédita) á Madama de Sablé, que también había escrito *Máximas*, leo : « Me causaríais una gran pena si no me dejaseis leer sus *Máximas*. Madama Du Plessis, me ha hecho sentir una curiosidad muy grande por verlas, y precisamente porque son honestas y razonables, es por lo que tengo este deseo, y porque ellas me convencerán de que toda las personas de buen sentido, no están tan persuadidas de la corrupción general de que está persuadido M. de La Rochefoucauld. » Esta idea de corrupción genera es la que se aplicó á combatir en M. de La Rochefou-